

Editorial

La historia de la civilización occidental podría dibujarse, de manera un tanto caricaturesca, como un camino en la búsqueda de las verdades totales y omnicomprensivas. Desde el infinito ser de Parménides, pasando por el mundo de las ideas de Platón, el triunfo y desarrollo del cristianismo, los intentos de los reinos bárbaros por recuperar la unidad de Europa bajo la égida de un emperador, la persecución de la magia y la herejía en la Edad Media, el método cartesiano, la Reforma y la Contrarreforma, la revolución científica e industrial, la Ilustración y el Enciclopedismo, las grandes doctrinas políticas del siglo XIX y la misma Guerra Fría, hasta llegar al entusiasmo de la globalización. Todo este camino, que puede sonar ampuloso cuando lo describimos con palabras, no es sino una demostración de cómo el ser humano ha recorrido innumerables páginas de la historia tratando de construir una identidad y un sistema sobre la base de la razón, de encontrar una ideología plena que satisfaga sus preguntas y justifique su existencia. Por supuesto, en muchas oportunidades, ese derrotero ha sido un factor determinante de cismas y enfrentamientos bélicos, pero también del incomparable y acelerado progreso que ha tenido la humanidad en los últimos siglos.

Importante es tener en consideración, sobre todo en momentos de suma trascendencia como puede ser un proceso electoral, que un entusiasmo ciego en las “luces” o en el debate de las verdades puede conducir a la especie a episodios pintorescos como la divinización de la razón o el afán de volcar todo el conocimiento humano en una obra impresa. Tras muchos años, se ha logrado construir en el país un afortunado y, al parecer, mayoritario consenso sobre la base de un crecimiento económico y social moderno y sostenido. El debate que deberíamos tener, entonces, no necesita más de empecinadas doctrinas o de ideologías que apenas puedan superar sus propias desarticulaciones (y especulaciones), sino de un *ethos* de práctica y valores que puedan seguir orientando a la nación dentro de un modelo de creación de riqueza, de esquemas de creación de empleo, y de pilares macroeconómicos, tanto fiscales como monetarios, absolutamente responsables.

No estaría completa esta formulación sin mencionar que, en el proceso del desarrollo, el estímulo de los sentimientos de unidad y pertenencia nacional son fundamentales. Mientras la mayoría de eruditos explicaron la gestación del siglo XIX como un juego de relaciones de poder y hasta de personalidades (Metternich, Napoleón III, Bismarck, Palmerston, etcétera), la obra del historiador francés Pierre Renouvin enfatizó la importancia que tuvieron las “fuerzas profundas”, según la terminología que comparte con Duroselle, en la consolidación de los procesos históricos decimonónicos luego del concierto vienés, y que tuvieron un amargo desenlace en 1914. El curso de la realidad habría sido muy distinto si es que los líderes de las naciones hubiesen tenido en consideración a tales “fuerzas profundas”, que son aquellos sentimientos atávicos de rivalidad, miedo, ansiedad y necesidad por los que atraviesan los pueblos. El comprender tales sentimientos, más allá de las razones, es la gran labor de los estadistas, así como el forjar a partir de estos sentimientos una concordia intuitiva, pacífica y unificadora.

Debe incidirse en que el binomio entre las ideas y los sentimientos grafica a la civilización occidental como en una fotografía y muchos artistas y/o científicos han matizado esa contradicción en sus obras y vidas. En estos momentos, parece pertinente aquella cita de Lewis Carroll, que también está grabada en su memorial en piedra negra y letras blancas al interior de la Abadía de Westminster (pues sus restos descansan en Guildford): *Is all our life then but a dream?* Se vislumbra el comienzo de una nueva etapa: en el segundo inicio de cada pieza histórica, se encuentra un sueño, mi sueño.

La Dirección Ejecutiva